

LA TARDE

AÑO XIX

DE LORCA

NUM. 4.982

DIARIO FUNDADO EN 1909

DIRECTOR J. LÓPEZ BARNÉS

REDACCIÓN: AVENIDA DE LA ESTACIÓN, LETRA D. BAJO

TELÉFONO NÚMERO 90

SABADO 16 JULIO 1927

MUEBLES

Sebastian Guijarro - FRENERÍA 30 Y 31 Y REINA 6
TELÉFONO 345 - MURCIA
Grandes existencias :: Nuevos estilos
Interesa ver precios y construcciones de esta Casa.
MURCIA

DEL MOMENTO

EXÁMENES Y EXPOSICIONES

Las vacaciones en las Escuelas Nacionales dan actualidad a estos artículos, que empecé a publicar con el titulado, «El antiguo maestro de Escuela».

Me estimulan a continuar las personas de buena voluntad que me han escrito sobre el tema, a las que me refería ayer.

Prueban esas cartas de mis alentadores que la labor de los Maestros en los tiempos presentes y el proceder de los mismos, no pasan desapercibidos, de todo lo cual hay que congratularse y llamar la atención de la Junta local de Instrucción para que ayude en cuanto pueda a la prensa y al pueblo, para que la Instrucción primaria vaya dando los debidos frutos; y claro es, que ya es forzoso concretarse a Lorca al hablar en estos términos, porque hay que fundarse en lo que se ve y se sabe, en tanto que, de lo que ocurrir pueda fuera de nuestra localidad, no vemos nada y sabemos... relativamente poco, aun cuando lo bastante, para formar el siguiente juicio: En general, el Maestro de Escuela en España, no goza de muy envidiable concepto, por desgracia para él.

La desfavorable opinión está tan extendida, que la robustecen todos los sectores sociales: desde las clases más elevadas a las más modestas, tienen ese triste concepto del Maestro. ¿Justo? ¿Injusto?

Vayamos por partes, y conste mi deseo de hacer justicia.

Hace escaso tiempo, estuvo por esta región levantina el Sr. Director General de Instrucción pública. Visitó Murcia, visitó Alicante y al hablar en público en dicha capital y ocuparse del Maestro, demostró que también él participa de la opinión general. Es un dato. Oí no ha mucho, un discurso en el Salón de Actualidades a cierto Maestro de Escuela que hace años no ejerce la profesión. Y al final de su plática, dijo, también, algo no muy halagüeño para los Maestros. ¿Cómo se forma esta opinión? ¿De dónde nace esta aversión general?

Eso es lo que tenemos que desentrañar para ser justos.

No son todos los maestros malos, no es verdad. Lo que hay, es

que abundando en la clase los cuocos, los que de la carrera hicieron un «modus vivendi», los que escalan puestos por habilidades o por imposiciones o por cualquier otra clase de mañas, esos Maestros, ramas del tronco protector, cuando se creen afianzados, dominan, subyugan, ejercen, diplomáticamente, siquiera sea una diplomacia bastante burda, su pernicioso influencia sobre los demás compañeros, para que condenando a todos por igual las apariencias, paguen justos por pecadores, y las gentes generalicen en vez de particularizar, diciendo de cada uno lo que en realidad merezca, y no midiéndolos a todos con el mismo rasero.

Hablemos claro y, vamos a cuentas, señor comunicante de las gratas noticias con que me embromó anteayer: ¿Dónde están esos ruidosos actos escolares que se iban a celebrar con motivo de la terminación del curso? Mandado está que se celebren exámenes públicos en las Escuelas, y es natural que sea a fin de curso, para que, por el resultado de los mismos, puedan los padres de los niños apreciar la labor del Maestro y con los padres, el público que a los exámenes asista. ¿No es éste uno de los medios más eficaces?

Pero hay más. Saben los Maestros, que otro de los medios de exteriorizar su trabajo, su constancia, su cariño a la escuela y su interés por la Enseñanza, es la celebración de Exposiciones escolares a final de curso, demostrativas como los exámenes, de los progresos de los niños y cimentadoras de la buena fama del profesorado. Y preguntamos nosotros: ¿Dónde están esas Exposiciones escolares?

No hay exámenes, no hay exposiciones, no hay nada, que nos muestre el progreso intelectual y moral de la población infantil.

¿Y por qué no se celebran estos actos, estas fiestas que tanto enorgullecen, estimulan y satisfacen al niño? Sencillamente: Porque no se quiere.

Pues bien, caballeros: no todos los Maestros que hay en Lorca piensan igual aun cuando, respecto a este punto, todos hagan lo mismo. Aquí hay Maestros que harían exámenes, que harían exposiciones escolares: buscarlos entre los más modestos, entre los que menos «pisto» se den; pero tengo la convicción que si alguno de estos

EL PALACIO DE LAS MEDIAS CASA CAYUELA

GRAN ESTABLECIMIENTO DE NOVEDADES
Inmenso surtido en **MEDIAS Y CALCETINES**, especialidad de esta Casa.

Riguroso Precio Fijo :: Todo marcado
3 FERNANDO EL SANTO 3.—LORCA

lo intentara, no faltarían quienes le hicieran dudar, quienes le aconsejaran lo contrario, quienes emplearan toda clase de habilidades para que no realizara su proyecto: aquí hay que ir todos por el mismo carril, no discrepar, no variar los rumbos, sin perjuicio, por parte de algún orador y amigo de la bambolla, de ir con los niños a ésta o a la otra procesión, para que el público lo contemple; y hasta dar de vez en vez algún besito a los niños, para que quien sólo de apariencias fia, pueda decir: ¡Caramba, qué buen Maestro!

¡No. Por ahí, no! Con exámenes, con exposiciones, es como eso se prueba. No con paseitos en la procesión y con besitos... «furtivos». ¡Basta de garambainas! ¡Estamos hartos de comiquería!

JUAN DEL PUEBLO

Joaquín Arderius y el Teatro

Del diario madrileño «A B C», llegado ayer a ésta, y de la encuesta «¿Por qué no escribe usted para el Teatro», abierta por dicho importante periódico entre los novelistas españoles, copiamos la contestación que da a ella, nuestro prestigioso paisano, el distinguido escritor don Joaquín Arderius:

«El notable escritor levantino, que acaba de publicar su mejor novela «La espuela», nos contesta:

—Si como artista, lo que más me interesa es hacer novela, como hombre que siente necesidad de comunicarse con la multitud me atrae más el teatro. No he escrito aún para el teatro por tener el propósito de publicar antes diez novelas. Creo tendré realizada esa labor en todo el próximo año. A partir de mi décimo libro, intentaré estrenar comedias y dramas. Aspiro a que mis obras sean humanas, dirigidas por rutas sociales y con la técnica que yo pueda darme, pero siempre en armonía con nuestro tiempo. Ahora, un joven escritor y periodista de gran talento, José Díaz-Fernández, ha terminado la versión escénica de mi novela «La espuela» que apareció estos días. En esa obra pretendemos lograr la fusión de los elementos clásicos del teatro con las

técnicas más modernas ensayadas en el teatro de vanguardia. Nuestra obra quiere ser «superrealista» sin dejar de apoyarse en las fuerzas internas del alma humana. De otro modo no creemos que pueda interesar eficazmente el teatro a la multitud. Si es cierto que hay algunos empresarios y actores que quieren cambiar de rumbo, no dudo que los escritores jóvenes acudirán al teatro».

Letras de luto

En plena y lezana juventud ha buido al sepulcro, víctima de cruel enfermedad, la bellísima joven María Colado Soler, cuyo entierro verificado hoy en el barrio de San Cristóbal, ha conituido una sentida manifestación de duelo.

Descanse en paz su alma y reciba su atribulada familia, nuestro más sentido pésame.

OBSERVACIONES

LA CAJA

(De nuestra colaboración)

Al subir a mi casa, cerca de la una de la tarde, la encontraba todos los días en la escalera. Era una pobre niña raquítica, esmirriada, apenas desarrollados sus débiles miembros. Debía tener lo menos diez años, pero su diminuta estatura y la delgadez exagerada de sus carnes la hacían representar malamente siete u ocho. Su rostro era por demás macilento, de un color pardo oscuro, mostrando, a través de la carne estirada y flaca, el horror de la calavera. En ella parecían hundidos los ojos, negros, relucientes, pequeños, los cuales daban alguna luminosidad mortecina a la cara. Vestía bien humildemente, trajecillos viejos de percalina chillona, alpargatas de indefinido color por donde a veces aparecía la carne negruzca de sus pies. El único adorno de su persona eran las trenzas largas de sus negros cabellos.

Vivía en la buhardilla, con sus padres: familia paupérrima que a menudo afligía el hambre. La niña, aunque tan pequeña, trabajaba de aprendiz en un taller de modista lejano, en un barrio lujoso de la ciudad a donde hubieran

podido llevarlo variados medios modernos de locomoción aunque sólo la transportaban sus débiles piernecillas. A medio día venía casi siempre con la caja de entregar; la enviaban a mil recados y la criatura aprovechaba un corto tiempo para engullir el mísero condumio que le esperaba en el hogar. Dentro de la caja llevaría siempre vestidos lujosos, una prodigiosa tempestad de sedas y encajes que iba dejando de puerta en puerta, repartiendo a domicilio el lujo que enloquece a la humanidad.

Yo la miraba siempre con lástima: su figura miserable causábame profunda pena; la veía subir, jadeando, agarrada a la barandilla para tomar fuerzas y sin saber por qué su rostro que no podía ser bello, me parecía simpático. La niña sonreía débilmente a mis miradas; una sonrisa de agradecimiento que me llegaba al corazón.

Un día trajeron enferma a la niña de la buhardilla. Se había puesto mala en la calle y unos señores la condujeron a su casa. Venía más pálida que nunca, con unas ojeras horribles, de encajado el semblante. Aun traía la caja de repartir. Su trabajo había sido sin duda aquel día demasiado duro; corto el alimento: hacía frío y estaban las calles mojadas de lluvia.

La pobre niña venía aterida, sin un mal abrigo que cubriera su cuerpo.

A poco llegó el médico. La encontró mal; tenía fiebre alta y se quejaba de continuos dolores en los costados y en la espalda. Había allí tan poca naturaleza... La enfermedad venía maligna; por otra parte, los cuidados no podían extremarse. No quise subir a verla. Me daría lástima como nunca contemplarla yacente, dolorida, tronchada.

Su dolor no duró mucho. Se murió a los dos días, destruida por una bronconeumonía fulminante. Vi como la bajaban por la escalera, por última vez. En la calle esperaba el furgón municipal.

Al día siguiente, cuando salía de mi casa, me encontré al padre de la pobre niña, con la caja de repartir debajo del brazo. No me miró; miraba sólo al espacio vacío, como volviendo los ojos a su propio pensamiento. Iba al taller de modista a devolver vacía como su alma, la caja que su niña muerta ya no podía llevar más...

RICARDO CHARLAN

BANCO INTERNACIONAL
DE INDUSTRIA Y COMERCIO

Caja de Ahorros

INTERÉS ANUAL AL 4 POR 100
Para toda clase de detalles e informes, visitad sus oficinas.

LA UNION de Emilio Góngora.
Géneros del país y extranjero.
Atroz superior a 60 céntimos kilo.

CALCETINES

«VARON DANDY» Y «MOLFORT»

Marcas registradas

Elegantes y de duración garantida

Casa Meseguer